



En la persecucion, fué arrestado Capricio y condenado á muerte por haber confesado ser cristiano. Nicéforo lo siguió entónces toda la carrera del suplicio, rogándole que volviese á su amistad, miéntras que los verdugos lo escarnecian por pedir perdon á un reo. Pero Sarpicio permanecia siempre irritado sin responder. No teniendo caridad, tampoco tuvo constancia para profesar la verdad, y al llegar al patibulo se declaró dispuesto á hacer sacrificios en honor de los dioses. ¡Cuánto hizo y dijo Nicéforo para que no perdiese la corona merecida! Pero no aprovechándole nada, se declaró él tambien cristiano, y dispuesto á morir, de lo cual lo compadeció el juez.

Cuando hubo edificado Adriano la magnífica quinta de Tívoli, principió magníficos sacrificios para consagrarla; pero las víctimas, los auspicios y los agüeros eran inútiles ó siniestros. Interrogados los dioses más fervorosamente, respondieron: «¿Cómo hemos de pronunciar oráculos, si todos los días nos ultraja Sínforosa con sus siete hijos, invocando á su Dios?» Llamada ésta por el emperador, y preguntada acerca de sus creencias, contestó: «Mi marido Getulio, con su hermano Amancio, tribunos militares, padecieron por Jesucristo, y ántes de ofrecer sacrificios en honor de los dioses, se dejaron cortar la cabeza, adquiriendo la infamia en la tierra y la gloria entre los ángeles.» Cuando el emperador le dijo que sacrificase en honor de los dioses, ó que sería sacrificada á ellos, no vaciló en la eleccion, anhelando reunirse con su esposo. El emperador la hizo conducir entónces al templo de Hércules, azotarla allí y suspenderla por los cabellos; y manteniéndose ella firme en la fe, la mandó arrojar á las cascadas, memorables por las voluptuosas canciones de Horacio. Sus hijos imitaron su constancia.

Cuando Sínforiano era conducido al martirio en Autun, su madre le gritaba desde las galerías: «Hijo mio, eleva el corazon al cielo: no te quitan la vida, sino que la cambian por una mejor. De la propia manera Felicidad, matrona de ilustrenacimiento, exhortó á la muerte inmaculada á sus siete hijos, asistiéndolos en el suplicio para seguirlos en breve al cielo.

El ministro de las violencias de Valente en Edesa, preguntó á una mujer:—«¿Adónde vas tan apresurada?—A la iglesia.—¿No sabes que se da la muerte á todos los que se encuentran en ella?—Por eso me apresuro.—¿Y esenñio?—Quiero que él tambien participe del martirio» (1).

Durante la persecucion de Diocleciano, el niño Barula, que apénas tenia siete años, afirmaba que sólo hay un Dios, y no queriendo adorar á otros, lo mandó azotar el juez hasta hacerle sangre en presencia de su madre, la cual, miéntras lloraban los espectadores, le animaba intrépidamente. Cuando oyó condenarlo á muerte, ella misma le llevó al suplicio y le entregó al verdugo, besándolo y recomendándose á sus oraciones; despues extendió sus vestidos para recoger la sangre y la cabeza, que se llevó consigo.

Orillo, niño pequeño de Cesarea, estaba siempre nombrando á Jesús, por lo cual le llegaron á odiar muchos de su edad, y su padre le arrojó de su casa, privándole de todo auxilio. Llamóle el juez, y empleó con él las lisonjas y las amenazas; pero el niño le dijo: «Las reprensiones me regocijan porque Dios me aplaudirá; expulsado de mi casa, tengo otra mejor. Teniendo noticia el juez de que á la vista del fuego no se habia asustado, le envió al suplicio, al cual marchó animoso el niño.

Dicen que en tiempo de Diocleciano toda la legión Tebana sufrió el martirio en el Valés, á la vista de la famosa cascada de Pisavache, por no prestarse á perseguir á los cristianos. «Somos vuestros soldados,» decian, «de vos recibimos el sueldo, pero de Dios la vida, y para él debemos conservar la inocencia. ¿Quereis que dirijamos nuestras espadas contra los enemigos? Lo harémos, pero no contra inocentes. Tenemos las armas en la mano, y sin embargo no oponemos resistencia, prefiriendo morir sin culpa más bien que dar la muerte» (2).

(1) Sozom. L. VI. c. 18. Socrat. L. IV. 18. Véase para todos estos hechos la coleccion de Ruinart, *Acta primorum martyrum sincera et selecta*. París, 1689, en 4.º

(2) «Milites sumus, imperator, tui, sed tamen servi, quod libere confitemur, Dei. Et nunc, non nos



Distincion desconocida de los soldados antiguos, y que anunciaba los tiempos en que la obediencia habia de ser razonada.

En Sebaste, durante la persecucion de Licinio, confesaron generosamente el cristianismo cuarenta soldados de varios países; y fueron expuestos con un nuevo pensamiento de crueldad, y durante una noche entera, en el rigor de la estacion, en un estanque helado, miéntras que al lado excitaba sus deseos un baño tibio. Uno solo, no pudiendo resistir, corrió á él; los demas se alentaban unos á otros como en un día de batalla: al dia siguiente se les arrojó al fuego. Uno de ellos fué olvidado por los verdugos con toda intencion en la plaza, esperando que abjuraria, pero su madre le impulsó diciéndole: «Ve y termina tan bien principiada carrera con tus hermanos, para no presentarte el último delante de Dios.»

Reconviniendo el juez á la meretriz Afra de la Retia, su antigua degradacion, le contestó ésta que habia distribuido á los pobres el dinero mal ganado, habiéndole costado trabajo hacer que aceptasen aquel precio de su infamia; que habia comprendido verdaderamente que Cristo habia venido para redimir á los pecadores, porque le permitia á ella confesar su santo nombre enfrente de la muerte, y obtener de este modo misericordia para sus faltas.

Potamiana, hermosísima esclava egipcia, fué denunciada como cristiana por su amo, á cuyos deseos se habia resistido. El prefecto Aquila no desdeñó el más vil de los oficios, solicitándola á favor del amo, y como resistiera, la condenó á la pez hirviendo, despues de ser violada por el verdugo. Ella le suplicó que le perdonase, no la pez, sino el otro suplicio, diciendo: «Por la vida del emperador, os ruego, os suplico que no me hagais desnudar; sumergidme poco á poco en la caldera con mis vestidos.»

Siete vírgenes de Ancira, de antigua santidad, ántes de ser ahogadas, fueron expuestas á

haec última vitae necessitas in rebellionem coegit; tenemus ecce arma et non resistimus, quia mori quam occidere satius volumus. Ruinart, De ss. Maur. et soc. t. 4.º

los deseos de mozos vigorosos; pero Tecusa, la más anciana de ellas, quitándose el velo y mostrando sus cabellos encanecidos, dijo al que queria ultrajarla: «Tú tambien quizá tienes una madre encanecida como yo. Déjanos nuestras lágrimas, y tendrás la esperanza del galardón con que Cristo te retribuirá.»

Aglae era una romana tan rica, que tres veces dió espectáculos públicos; setenta y tres empleados administraban sus rentas, siendo superintendente de todos Bonifacio, hombre licenciado, pero hospitalario y generoso con los pobres y que vivia con ella en pecado. Aflijida Aglae de su impureza, comisionó á su querido para que fuese á Oriente, y le trajese reliquias de mártires para honrarlas, y obtener el perdon de sus culpas por medio de su intercesion. Marchó aquél con doce caballos, tres literas y muchos perfumes, y en el camino principió á pensar seriamente en una cosa que habia tomado á burla y á orar y hacer abstinencia. Llegado que hubo á Tarso, vió el martirio de algunos cristianos, y admirado de su firmeza, principió á besarlos, y á rogarles que orasen por él. El gobernador lo hizo prender y castigar con los peores tormentos, que él sufrió con suma paciencia, en expiacion de lo pasado. Advertida Aglae del martirio de su amante, compró su cadáver á mucho precio, y consagrada á la devocion dió todos sus bienes á los pobres, á los esclavos la libertad, y se retiró con pocas doncellas del mundo.

Se hicieron célebres por su santo heroísmo en Cartago Perpetua y Felicidad. La primera era una noble señora de veintidos años, con padres, dos hermanos y un niño de pecho; la otra era esclava y estaba en cinta. El padre de Perpetua, celoso pagano, instaba á su hija á fin de que sacrificase. «Estando algun tiempo sin ver á mi padre (asi referia su martirio) daba gracias al Señor, y su ausencia me dejó descansar. En estos pocos dias fuimos bautizadas, y al salir del agua, pedí á Dios licencia para sufrir las penas corporales. Algunos dias despues fuimos conducidas á prision, y en ella estuve temerosa, no habiendo visto nunca semejantes tinieblas. ¡Qué horribles dias! ¡Qué calor producía allí la muchedumbre! Los soldados nos pega-



ban, y yo me deshacia de inquietud por mi hijo. Entonces los benditos diáconos Tercio y Pomponio que nos asistian, obtuvieron por dinero que pudiésemos salir y respirar algunas horas. Salimos, y cada cual pensaba en sí; yo di de mamar á mi hijo, le encomendaba á mi madre, confortaba á mi hermano, me deshacia viendo cuánto dolor les ocasionaba, y en tal cruz pasé muchos dias...

»Habiendo corrido la voz de que íbamos á ser interrogadas, vino mi padre á la cárcel, sumamente entristecido, diciéndome: «Hija mía, compadécete de mis blancos cabellos! ¡Compassion para tu padre! ¡Merezco este nombre, te he educado yo mismo hasta esta edad, te he preferido á los demás hijos, no me cubras de oprobio! Mira á tu madre, mira á tu tierno hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa obstinacion para no matarnos á todos, porque ninguno de nosotros podrá alzar la cabeza si sucede alguna desgracia.

»Así me decía enternecido, besándome las manos, echándose á mis piés, llorando, llamándome, no hija, sino señora. Me movia á compasion el ver que de toda la familia él sería el único que no se regocijase de nuestro martirio, y para consolarle le dije: «Será lo que Dios quiera, porque no estamos en nuestro poder, sino en el suyo.» Se retiró contristado. Al dia siguiente, miéntras comiamos, vinieron á llamarnos para el interrogatorio. Esparcióse pronto la noticia en los barrios inmediatos, y acudió una multitud de gente. Subimos al tribunal... El procurador Flaviano me dijo: «Considera la vejez de tu padre, y la infancia de tu hijo, sacrifica por la prosperidad de los emperadores. No lo haré,» contesté, y él añadió: «¿Eres cristiana? Cristiana soy,» repliqué. Como mi padre se esforzaba por llevarme del tribunal, mandó Flaviano que le arrojasen de él, y recibió un golpe con una vara, que yo sentí como si á mi misma me lo hubieran dado; tanto me afligia ver maltratado á mi padre en su vejez. Entonces pronunció Flaviano nuestra sentencia: que fuésemos arrojadas á las fieras. Gozosas volvimos á la prision, y en el acto envié al diácono Pomponio, para que me permitiese mi padre traer á mi hijo que estaba acos-

tumbrado á estar á mi lado y mamar; pero no pude lograrlo, y Dios permitió que el niño no buscara el pecho, y la leche no me causó ninguna molestia.»

La piedad de los que sobrevivieron describió su fin: «Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y viendo acercarse el dia del espectáculo, temia mucho que se difiriese su martirio, porque estaba prohibido matar á las que se hallaban en cinta. Sus compañeros de sacrificio estaban afligidos por tener que dejarla sola en el camino de sus comunes esperanzas. Todos juntos se reunieron á orar y llorar por ella tres dias ántes del espectáculo. Apénas fué concluida la oracion, le atacaron los dolores, y siendo naturalmente más difícil el parto en el octavo mes, fué violento su trabajo, y sollozaba, por lo cual le dijo un carcelero: «Si ahora lloras, ¿qué harás cuando estés delante de las fieras?» Parió una niña, á la cual crió como suya propia una cristiana... Sus hermanos y todos tuvieron permiso para entrar en la prision, y para consolarse mutuamente: el carcelero se habia ya convertido. La vispera del combate se les preparó, como era de costumbre, el *banquete libre*, que se hacia en público; pero los mártires lo convirtieron en una agape, y con la firmeza acostumbrada hablaban al pueblo diciendo: «Miradnos bien á la cara para conocernos luégo el dia del juicio.

»Llegada la hora del combate, salieron los mártires de la prision para el anfiteatro como si saliesen para el cielo, alegres y conmovidos más de júbilo que de miedo. Perpetua seguia con rostro sereno y paso tranquilo, como esclava de Cristo, bajando los ojos para ocultar su viveza á los espectadores. Felicidad estaba contenta por hallarse restablecida del parto para luchar con las fieras. Al llegar á la puerta querian obligarlos á tomar los adornos de los que se presentaban á tales espectáculos: consistian éstos en un manto rojo para los hombres, propio de los sacerdotes de Saturno, y para las mujeres la banda en la cabeza, como las sacerdotisas de Céres; pero los mártires rehusaron las divisas de la idolatría.

»Cuando Perpetua y Felicidad estuvieron desnudas y envueltas en redes para ser ex-



puestas á un novillo furioso, se llenó el pueblo de horror al ver á la una tan delicada y á la otra de parto, por lo cual se las retiró y envolvió en trajes largos. Acometida Perpetua la primera, cayó de espaldas, pero luégo se incorporó y sentó, y viendo desgarrada la túnica por el costado, la sujetó para cubrir los muslos, más atenta al pudor que al dolor. Compuso sus cabellos desordenados para no parecer de luto, y viendo á Felicidad tendida en el suelo, le presentó la mano para ayudarla á levantarse... Así caminaron hácia la puerta Sana-Vivaria, donde Perpetua fué acogida por un catecúmeno llamado Rústico. Como despertando entonces de profundo sueño, principió á mirar al rededor diciendo: «¿Y cuándo nos arrojan á ese novillo?» y habiéndole contestado que ya habia sucedido, no lo creyó hasta que no descubrió en su cuerpo y en su traje las huellas de lo que habia padecido.

»Llamó á su hermano, al cual y á Rústico dijo: «Permaneced firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de nuestros padecimientos.» El pueblo las volvió á llamar al anfiteatro, adonde por sí mismas se trasladaron las mártires, despues de haberse dado el ósculo de paz. Felicidad tocó en suerte á un gladiador, que la hirió entre los huesos y la hizo gritar, porque estos suplicios de los semimueertos eran el novicia lo de los gladiadores. Perpetua guió por sí misma á su garganta la mano inexperta del matador.»

Con tal esfuerzo aseguraban estas heroínas la libertad de la mujer, y rescataban de la ignominiosa servidumbre á su sexo, elevándolo á la santa dignidad de la mujer cristiana.

En tiempo de la última persecucion se habia aumentado tanto el número de cristianos, que fué necesario guardarles alguna consideracion; frecuentemente se castigaba al obispo sin molestar á las ovejas, y se permitia á todo el que quisiera asistir á los reos y recoger sus reliquias. Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se habia sustraído durante mucho tiempo á las persecuciones por su celo le suscitára ocultándose ó huyendo, de manera que fué censurado por la Iglesia de Roma. Pero cuando el próconsul Paterno le intimó la orden imperial de

que el que hubiese abandonado la religion antigua volviese á practicarla, Cipriano no vaciló en negarse á ello, alegando sin embargo el privilegio de ciudadano y su adhesion á los emperadores. Fué, pues, desterrado, vuelto á llamar despues, y en fin condenado á muerte. Dos oficiales de graduacion fueron á prenderlo en su carruaje, y habiéndolo conducido á casa de uno de ellos, lo convidaron á una buena cena, dejando que algunos amigos suyos hablasen con él, miéntras que la multitud de fieles llenaba la calle. Cuando se anunció su sentencia capital, todos gritaron: «Nosotros moriremos con él;» luégo cuando fué conducido al patíbulo, lo acompañaron sus diáconos y sacerdotes, ayudándolo á desnudarse, extendieron paños para recoger su sangre, y despues que fué decapitado dieron al verdugo veinticinco monedas de oro, como el santo habia ordenado, y llevaron en triste triunfo su cadáver al cementerio. ¿Quién no se conmueve en presencia de esta sublime mezcla de cordeiro y de leon?

Los edictos de Diocleciano fueron modificados bajo la autoridad de sus sucesores segun la índole de éstos; suavizados por Constancio, exacerbados por Maximiano, por Galerio y por Maximino. Majencio concedió al Africa algun reposo, quizá para atraerse un partido cuyo poder ponia de manifiesto la misma persecucion. En su tiempo vemos á Marcelo, obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habian sucumbido en la persecucion pasada, rigor que excitó tales discordias que Majencio lo desterró (1). Mensurio, obispo de Cartago, ocultó á un

(1) Véase su epitafio en Gruter, inscr. 1172. En esta obra de Gruter, pág. 280, hay dos inscripciones que dicen: «Diocleciano Jovio, Maximiano Herculeo, cé-sares augustos, despues de haber extendido el imperio romano en el Oriente y el Occidente, y de haber destruido el nombre de los cristianos que trastornaban la república...»

»Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, destruido en todas partes la supersticion de Cristo; y extendido el culto de los dioses...»

Mas notable es todavia la que refiere Masdeu, *Historia de España*, V, 372.

III INVICTI CAESARES-MATRIDEUM-SACELLO-IN DVRII AMNIS ANCONE-INSTRUCTI SVT MAGNE PASIPHAES NO-



diácono que había escrito contra el emperador, y se negó á entregarlo, por lo cual fué llamado á Roma á dar cuenta de su conducta y regresó absuelto (1).

Con mayor severidad obró Galerio en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, como también en la Siria, en la Palestina y en el Egipto; y aunque después dejó en paz á los cristianos, Maximino, que administraba bajo su autoridad, continuó por crueldad y superstición la matanza de cristianos, é intentó dar al paganismo lo que le faltaba, una constitución modelada por la de la Iglesia. Con este objeto reparó y adornó los templos en las principales ciudades, sometió los sacerdotes de varias de ellas á pontífices que alentasen y dirigiesen la idolatría, los cuales, como los obispos de las metropolitanas, dependían de sumos sacerdotes, que obraban como inmediatos vicarios del emperador, vestían de blanco, y pertenecían á las primeras familias. Hizo después que todas las ciudades lo exhortasen á seguir la justicia más bien que la clemencia en perseguir á los cristianos, generalmente aborrecidos, y confió el cumplimiento de sus edictos á los sacerdotes y á los magistrados, quienes no sólo los expulsaron, sino que los afligieron con tormentos y con la muerte. Quizá quería con esto granjearse el afecto de la facción pagana; pero como se aproximaba la muerte de Galerio, no queriendo éste tener por enemigos á todos los cristianos, disminuyó la persecución, y en el año 310 vemos que se reconstruyeron ya en Siria las iglesias (2).

No por sentimiento religioso se daba, pues, la paz ó se hacía la guerra á los cristianos, sino por cálculo de política (3), para derribar ó elevar á una facción, ya tan fuerte, que tenía en equilibrio la fortuna del imperio.

Hay algo que duele á los propagadores de

MINE-PRIVATVM DIANE SACRUM-FORDAM VACCAM ALBAM-IMMOLAVERE OB CHRISTIANAM-EORVM PIA CVRA-SVPRESSAM EXTINGTAMQVE-SVPERSTITIONEM--DIOCL-MAXIMIAN-GELERIUS ET CONSTANTIVS-IMP. AVGGGG PERPETVI. Aquí se hace cómplice también de la persecución al piadoso Constancio Cloro.

(1) Optato, contra Donatist. I, 17, 18.

(2) Eusebio, *De martyr. Palestinae*, c. 13.

(3) Mosheim dice: *talem fuisse Christianorum statum, qualem reipublice*, pág. 955.

la verdad más que las persecuciones y la muerte, y son la calumnia y el desprecio. Ambas cosas pusieron á nueva prueba la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indiferencia de un pensador libre respecto de fanáticos (1); Tácito, por ignorancia ó por malicia, los llama una secta odiosa, de tantas como infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias (2); Plinio el Joven no puede considerarlos como criminales, y sin embargo los castiga; ni Plinio el Mayor, ni Plutarco, ni Séneca ni tampoco Quintiliano los nombran; la larga historia de Dion Casio no los menciona; tampoco la más extensa *Historia augusta*, y Luciano hace de ellos burlas absurdas (3). Los doctos acusan á

(1) *Pone Tigillinum; tæda lucebis in illa, Qua stantes ardent, qui fixo gutture fument, Et tatum media sulcum deducit arena.*

Sat. I, 155.

Alude á los fanales de los jardines de Neron.

(2) *Anal.*, XV, 44.

(3) Si no es de autor más antiguo el diálogo titulado *Philopatori*, donde así se pinta una de sus asambleas:

*Critias.* Iba por un sendero de la ciudad, cuando ví un tropel de gente que se hablaba al oído. Los miré por ver si descubría algún conocido, y distinguí al político Craton, con el cual tengo amistad desde la niñez.

*Trifon.* No sé de quién hablas. ¿Acaso del que preside á la repartición de los tributos? Y bien, ¿qué pasó?

*Critias.* Rompiendo la muchedumbre me coloqué á su lado, y al hablarle oí á un viejecillo llamado Cariceno, que principió á decir con voz débil y hablando con la nariz, después de haber tosido bien y espulado: «El que te he dicho pagará el resto de los tributos, satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá á cualquiera sin informarse de su profesión.» Cariceno añadió otras cosas insignificantes, igualmente aplaudidas por los asistentes, atentos por la novedad de la cosa. Otro hermano llamado Clevoearmo, sin zapatos ni cabellos, y con un manto andrajoso gruñía entre dientes: un hombre mal vestido que venía de las montañas y tenía rasurada la cabeza me lo mostró... Entonces uno de los presentes, de mirada feroz, me tiró por el manto, creyendo que fuese también de la congregación, y me obligó por mi desgracia á asistir á la junta de estos hechiceros. Hemos pasado ya el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dice el poeta, cuando después de habernos encaramado á lo alto de una escalera tortuosa, llegamos no á una sala de Menelao, deslumbrante y de marfil, sino á un sucio desvan. Allí se me presentaron figuras pálidas, abatidas, encorvadas hasta el suelo, las cuales apenas



los predicadores del Evangelio de que se dirigían á mujeres, niños y esclavos, evitando encontrarse con los sabios. «En las casas particulares (dice Celso) se ven hombres estúpidos y groseros trabajadores permanecer silenciosos delante de los viejos y de los padres de familia. Pero si encuentran casualmente á niños ó mujeres, entónces se hacen los maestros y quieren darles á entender que no hay necesidad de prestar atención á los padres, ni á los pedagogos, á quienes tratan de locos é incapaces de conocer y apreciar la verdad; é instigan á los niños á sacudir el yugo, y á acudir al gineceo ó á la tienda de un lavandero ó de un zapatero para aprender lo que es perfecto.»

Así los escarnecían, ¿pero deja el sol de brillar porque alguno cierre los ojos en su presencia? La palabra sofocada ó escarnecida resonaba en mil partes, penetraba en las escuelas, y era sostenida con escritos selectos y argumentos concluyentes; así que ya no fué lícito á los doctos ignorar la nueva doctrina que venía á provocar el exámen y á pedir justicia.

Quando el partido que puede oprimir á una

me descubrieron se me acercaron gozosas, preguntando si llevaba alguna mala noticia, y parecían desear acontecimientos tremendos, y como furias se regocijaban de las desventuras. Habiéndose hablado al oído me preguntaron quién era, de dónde venía... Luego como si vivieran en el aire me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando yo respondí: «Todo el pueblo se divierte, y se divertirá también en adelante,» frunciendo las cejas me respondieron que no sucedería así; que se preparaban grandes desastres, que muy pronto estallarían la tormenta... Y principiaron á decir lo que bulle en su cabeza; que cambiarían de aspecto los negocios; que sería trastornada Roma por las sectas; que nuestros ejércitos serían derrotados. Por consiguiente, no pudiendo contenerme ya, prorumpí en voces diciendo: «¡Ah miserables!... caigan sobre vuestra cabeza los males que profetizais, ya que tan poco amais la patria...»

*Trifon.* ¿Y qué contestaron los que tenían rasurada la cabeza, y también la razón?

*Critias.* Lo oyeron en paz, y recurrieron á sus acostumbrados subterfugios, pretendiendo ver estas cosas en sueños después de haber ayunado diez soles é invertido la noche en cantar himnos... Entónces con una falsa sonrisa de burla salieron de los mezuquinos lechos en que reposaban, etc., etc.

opinión con la fuerza, se ve arrastrado á combatirla con razones, puede decirse que esa opinión es por sí bastante fuerte. Puesta ya la cuestión en el terreno de la discusión, pudieron aceptar los cristianos el reto, y mientras que los mártires defendían la verdad con su sangre, los apologistas la defendieron con la razón; y sabido es que la verdad se propaga más que con las batallas con las pacíficas comunicaciones.

Presentaron las primeras apologías el filósofo Arsítides y Cuadrato, obispo de Atenas, á Adriano, cuando fué á esta ciudad para iniciarse en los misterios de Eleusis. Serenio Graniano, procónsul de Asia, había ya acudido al emperador, manifestando cuán poco convenía conceder á los gritos del vulgo la sangre de tantos inocentes, sin más delito que el nombre; y el emperador contestó que no debía dejarse sin exámen este negocio, á fin de que no ocurriesen turbulencias; que no se prestase atención á confusas quejas y voces vagas, pero que siempre que fuesen acusados los cristianos de obrar contra la ley, se les castigase á ellos ó á los calumniadores (1). Con esto disminuía, pero no suspendía la persecución, y la misma orden se confirmó por Marco Aurelio, atendidas quizás las quejas de los obispos Meliton de Sardis y Apolinar de Hierápolis.

Justino de Siquem en Samaria, convertido de la idolatría al cristianismo, después de estudiar en todas las escuelas filosóficas sin haber encontrado en ellas más que vanidad, dirigió una apología á Antonino, á Vero y á Lucio, al Senado y al pueblo romano, en la cual se lamenta de que tolerándose tan absurdas religiones y tantos impostores, sólo se persiguiese á los cristianos, acusándolos de no seguir los ritos de los gentiles, mientras que estos mismos no estaban de acuerdo acerca de ellos, y disputaban sobre cuál de entre los animales era la víctima y cuál el dios.

Aunque no se ocultaba á los extraños el secreto de las asambleas, Justino lo expone á los emperadores, refiriendo la forma del bautismo y de la eucaristía. «Los que se persuaden

(1) Eusebio, *Hist.*, IV, 8, 2.